

Durante la tempestad parece que la madre naturaleza sufre. Eso confuso *roulement* parece su gemido, y á gotas de llanto se asemejan esos gruesos goterones que caen del seno de las nubes, como ayudándolas á descargar el peso que las oprime. De la misma manera el Supremo Poder nos ha concedido las lágrimas como un alivio para el corazón, porque hay en la vida dolores tan intensos que si no llorásemos el corazón estallaría.

Es, he dicho, el sentimiento de lo grande, el que se apodera de mí cuando siento rugir la tempestad; pero es un sentimiento que no me arrastra en pos de sí, sino produciéndome cierto dolor. Sí, entristece algo no poder contemplar el azul puro y trasparente de nuestro cielo tropical. Cuando miro ese capuz que lo oculta á nuestra miradas, pienso y comprendo muy bien el *spleen* de los descendientes de Guillermo el Conquistador. ¡Con razón, exclamo, con razón se extienden hasta sus espíritus aquellas eternas brumas que se levantan del Támesis!—Parece que allí ni se podrá pensar ni sentir; y sin embargo, aquellas brumas cubren la cuna del inmortal autor del *Childe Harold*!

No se puede menos de aislarse de lo que se encuentra á nuestro alrededor para contemplar á satisfacción el grande cuadro que nos dibuja la naturaleza, grande, inmensa, incapaz de ser fielmente imitada. El espíritu se aísla, pero solo después de que la tierra aparenta haberse aislado del Universo. Esa magestuosa capa de nubes parece haberse extendido sobre ella para ocultarla á los demás astros; parece que mas allá nada existe, y solamente los rayos que pasan de una á otra nube descubren á nuestras atónitas miradas la inmensidad del espacio.

¡La tempestad! El marino la contempla, ya habituado á ella, sobre el movable elemento que casi puede llamar suyo. La observa el labrador en su pobre cabaña, calculando los daños que vá á causarle, y sin tomar en cuenta que también le traerá bienes. La escucha rugir el niño, temerosamente recordado en el regazo materno, creyéndose allí seguro, y eso que él ni madre sabe cuántas tempestades de la vida habrán de nublar su frente. ¡Pero no importa! Sonos ha dado una alma grande, conservémosla grande. Si ese niño, mañana, cuando sea hombre y nubes tempestuosas vengan á cernirse sobre su cabeza se refugia en los brazos de Dios, con la fé en el corazón, salvará, porque la fé

salva, y El es nuestro padre omnipotente.

¿No es verdad que existe una grande analogía entre las tempestades de la naturaleza y la de la vida?

Cuando veo con cuánta aceleración se van formando esas enormes masas de vapores que en breve se descargarán sobre la tierra, pienso que de la misma manera se amontonan á veces sobre el horizonte de nuestra vida nubes amenazadoras que somos tan impotentes para conjurar, como para deshacer con un soplo las que se forman en el cielo.

Los árboles crujen al ser mecidos por el huracán que poco antes era suave brisa; las aves buscan prontamente su nido y se refugian en él; las florecillas son mecidas con tal fuerza que tocan el suelo con su corola, y toda la naturaleza presenta un cuadro desordenado y triste que á menudo es iluminado por la luz de los rayos. ¡Cual horrible es la electricidad! ¡Y pensar que el rayo destructor es manejado por el hombre! ¡Pensar que su imperiosa voz dijo *quiesce*, y el rayo bajó obediente á sus plantas!

Al contemplar el grandioso cuadro de la tempestad, no se puede menos de pensar que es grande, muy grande el Creador. Con razón nos dice la tradición que el legislador israelita recibió la ley que habia de transmitir al pueblo, entre nubes, truenos y relámpagos.

Las nubes van aclarándose poco á poco, porque la lluvia cae á torrentes convirtiendo en rios los arroyos; la fuerza del huracán comienza á ceder, y ahora parece como que aquel desorden va cesando, y que el dolor ó el enojo de la naturaleza va debilitándose gradualmente.

Cuando la lluvia ha cedido un poco mas, los árboles reflejan un lindísimo verde esmeralda, y de entre su húmedo follaje suele salir el gorjeo de un pajarillo que parece congratularse de que el huracán no se haya llevado entre sus cenicientas alas la frágil rama sobre que tenia construido su amado nido.

La lluvia cesa por completo, y las pobres florecillas levantan su corola, sacuden sus ajados pétalos y se disponen á gozar del primer rayo del sol que caerá sobre la tierra. El aire, modificado por las descargas eléctricas, ha adquirido un olor particular, y ellas parecen aspirarlo con delicia.

El alegre y continuo charlar de las golondrinas, parece decirnos que todo ha cesado, y que en breve podremos

volver á contemplar la azul inmensidad y regocijarnos con los rayos del sol.

¿Se habrán disipado ya las nubes? No; aun se extiende sobre nuestra cabeza una capa blanca y ya bastante delgada; aun tenemos que admirar un nuevo fenómeno; aun hay algo digno de nuestra atención. El iris ha desplegado su banda de magníficos colores para regocijarnos con su vista, como para decirnos que todo ha concluido, que los elementos desencadenados han vuelto á su orden natural. Dulcísimo es el sentimiento que conmueve al espíritu, cuando se ve dibujarse en las nubes ese iris, emblema de paz y perdón; pero aun mas hermoso es mirar la tierra y el cielo algun tiempo después que él ha desaparecido. Sobre la tierra las flores parecen regeneradas, matizadas de nuevo por la lluvia que amenazaba destruirlas; las aves se sacuden, cantan, como que quieren bañarse en los rayos del sol que han caído por fin sobre la tierra. Los árboles se encuentran ricamente engalanados; en la extremidad de cada una de sus innumerables hojas se suspende una gota de agua, que iluminada por la luz del sol semeja un rico diamante; cada vez que al ser engrosada por algunas partículas, una de esas gotas cae y se pierde en el suelo, es remplazada por otra que caerá á su turno, y así otra y otras hasta que las hojas queden limpias, frescas y verdes mas que nunca.

Si levantamos al cielo una mirada, no puede ser mas grato el espectáculo que nos presenta. El cielo, esa inmensidad azul que el espíritu presiente como su patria, se encuentra limpio, espléndido, iluminado ricamente y cruzado todo por uno que otro giron de blancas nubes, residuos del magestuoso capuz que envolvió á la tierra como para ocultarla á las miradas de los demás astros.

ANGELA LOZANO.

CIACETILLA.

Angela Lozano.

Tenemos el gusto de publicar hoy una bella composición de la Srta. Angela Lozano, intitulada: *la Tempestad* la cual ha llamado justamente la atención por la fluidez con que está escrita y la elevación de pensamientos que en toda ella se nota.

Angela Lozano no ha mucho que apareció en nuestro horizonte literario,